PIERRE MICHON

El origen del mundo

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Pierre Michon

El origen del mundo

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

La tierra dormía desnuda y brusca como
una madre a quien se le hubiera caído a
medias la manta.

ANDRÉI PLATÓNOV

I

Entre Les Martres y Saint-Amand-le-Petit está la población de Castelnau, a orillas del Beune grande. A Castelnau me destinaron en 1961: supongo que también dan destino a los demonios en los Círculos de las profundidades; y, de voltereta en voltereta, van avanzando hacia el agujero del embudo de la misma forma que vamos deslizándonos nosotros hacia la jubilación. Yo aún no había caído del todo, era mi primera plaza, tenía veinte años. No hay estación en Castelnau; es un lugar perdido; unos autobuses de línea que salen por la mañana de Brive o de Périgueux lo sueltan a uno allí muy tarde, al final del trayecto. Llegué de noche, no poco atontado, en pleno galope de unas lluvias de septiembre encabritadas contra los faros, entre el golpeteo de los limpiaparabrisas de buen tamaño; no vi nada del pueblo, la lluvia era negra. Paré en Chez Hélène, que es el único hotel en el borde de la falla en cuyo fondo corre el Beune, el grande; tampoco vi el Beune esa noche, pero por la ventana de mi habitación, asomado a la oscuridad más opaca, intuí un agujero detrás de la hostería. A la sala común se bajaba por unas escaleras de tres peldaños; tenía ese enlucido color sangre de toro que antes llamaban *rojo antiguo;* olía a salitre; algunos bebedores sentados hablaban alto, entre silencio y silencio, de disparos y de pesca con caña; se movían en una luz escasa que les ponía sombras en las paredes; alzabas la vista y, encima de la barra, te estaba mirando un zorro disecado, con la cabeza puntiaguda vuelta forzadamente hacia ti, pero con el cuerpo como si corriera siguiendo la pared, escapando. La noche, la mirada del animal, las paredes rojas, el habla ruda de aquella gente, sus palabras arcaicas, todo me transportó a un pasado indefinido que no me dio gusto alguno, sino un inconcreto espanto que se sumaba al de tener que enfrentarme pronto a unos alumnos: aquel pasado me pareció mi porvenir; aquellos pescadores turbios, unos barqueros que iban a subirme a bordo de la barca de mala muerte de la vida adulta y, en medio del agua, iban a asaltarme y a tirarme al fondo, riendo en la oscuridad entre las barbas sin

edad y el dialecto torpe; luego, en cuclillas al filo del agua, sin decir palabra, les raspaban las escamas a pescados grandes. Las aguas confusas de septiembre golpeaban los cristales. Hélène era vieja y recia como la sibila de Cumas, reflexiva como ella, e igual que ella iba aviada con harapos hermosos y tocada con una pañoleta enroscada; el brazo grueso y arremangado secaba la mesa que tenía yo delante; aquellos ademanes humildes irradiaban orgullo y un júbilo silencioso; me pregunté qué aventura la habría puesto al frente de aquella taberna roja donde reinaba, por encima de su cabeza, un zorro. Le pedí de cenar; se disculpó modestamente por tener apagados los fogones y por su edad avanzada y me sirvió una profusión de esas cosas frías que en los relatos se les pegan al riñón a los peregrinos y a la gente de armas antes de que les pase por el cuerpo el filo de una espada al cruzar un vado negrísimo y muy turbulento en cuchillas y olas. Y vino a mayor abundamiento, en un vaso tosco, para enfrentarse mejor a las turbulencias. Me comí esos malos embutidos de época remota; en la mesa de al lado iban mermando las conversaciones y las cabezas se arrimaban entre sí, con el peso del sueño o el recuerdo de los animales alcanzados en pleno salto y moribundos; aquellos hombres eran jóvenes, su sueño y sus cazas eran antiguos como las fabulillas medievales. Esos bandidos valacos se calaron por fin los gorros; helos ya de pie; y se alejaron denodadamente, metidos en chubasqueros de hule más negros que la tinta cuyas arrugas cuarteadas relucían, camino de su tarea oscura de barqueros, de durmientes; uno de ellos remataba aquella cota nocturna y estrellada con un rostro fino y afilado que volvió hacia mí; me lanzó una sonrisa cómplice o apiadada en la que brotaron unos dientes blancos. Se oyó arrancar unas motocicletas. La noche, por la puerta que se había quedado abierta, era turbia, inmóvil: la lluvia galopaba por otra parte, ahora había niebla. «Es Juan el Pescador», dijo Hélène, moviendo brevemente la cabeza hacia aquella niebla donde echaban a correr unos motores quebradizos; era un ademán tan inconcreto que lo mismo podría haberse referido a la niebla. Sonreía. Las arrugas en

aquella sonrisa se le ordenaban maravillosamente. Cerró la puerta, hurgó en unos interruptores, todo se apagó, según me levantaba ya estaba dormido, me hallaba en cualquier parte, en comarcas donde los zorros pasan en los sueños; y, en el corazón de la niebla, unos peces que no vemos saltan fuera del agua y vuelven a caer con un ruido mate en lo más hondo del Dordoña, es decir, en ninguna parte, en Valaquia.

Estuvo lloviendo todo el mes de septiembre.

Mis alumnos no eran monstruos; eran niños que le tenían miedo a todo y se reían sin motivo. Me habían dado la clase de los pequeños, no la de los más pequeños sino el curso elemental; eran muchos cuerpecitos iguales; aprendía a nombrarlos, a reconocerlos, corriendo bajo la lluvia hacia el agujero ventoso del patio cubierto durante los recreos, mientras yo, desde las ventanas altas, los miraba y luego, de repente, dejaba de verlos, encogidos bajo un alero, detrás del cuerpo múltiple de la lluvia y su galope desenfadado. Estaba solo en el aula. Miraba, en toda una fila de perchas de pared, sus chaquetones colgados, humeando aún de las lluvias de por la mañana, igual que se secan en un vivaque los sobretodos de un ejército enano; les ponía nombre también a esos pingos pequeños, les ponía dueño con cierta emoción. Y, por supuesto, había cuadros grandes en las paredes, con letras, con sílabas, con palabras y con frases, flanqueados de dibujos, de láminas coloreadas, toda la imaginería ingenua que halaga las mentes infantiles, las hace picar y les cuela conjugaciones que hacen llorar con el señuelo de chiquillos gordos que hacen reír, de niñitas con trenzas y de conejitos. Los niños mueven los pies cuando piensan, cuando lloran; veía debajo de las mesas los rastros de aquella danza diligente y triste, un redondel pequeño de barro; y grandes manchas de tinta en la madera de pino daban fe del mismo ritmo, de la misma devoción. Sí, todo aquello me enternecía; porque, con mis veinte años, no me pillaba tan lejos; principalmente, me estaba alejando, ya no estaba en eso.

Lo que dormía bajo el polvo, en un mueble con vitrina

pegado a la pared del fondo, venía de mucho antes. Venía del siglo anterior, de la época de las barbitas puntiagudas, de la República de los Jules,[1] de aquellos tiempos en que unos curas atléticos de Périgord se arrastraban por las cuevas, remangándose la sotana, rumbo a los huesos de Adán, y en que unos maestros, también de Périgord, se arrastraban lo mismo y se manchaban de barro con unos cuantos chiquillos rumbo al hueso que demostrase que el hombre no nació de Adán; de ahí venía lo de la vitrina, como lo atestiguaban las etiquetas pegadas en todos los objetos, en que habían caligrafiado denominaciones científicas con la letra de mano primorosa característica de aquellos tiempos, la primorosa letra vanidosa y vana, redonda, recargada, ferviente, que compartían entonces los ingenuos y los modestos de ambos bandos, los que creían en las Escrituras y los que creían en el porvenir de los hombres. Pero también venía, aunque con menor derroche, de nuestro siglo, de 1920, y para entonces la caligrafía se había dejado ya unas cuantas plumas primorosas en Verdún; y de 1950, y la caligrafía se había achicharrado las alas para siempre y había caído en lluvia de cenizas y en patas de mosca en los infiernos de Polonia y Eslovaquia, en los campos célebres no lejos del campamento de Atila, aunque, si se comparaban, el campamento de Atila era una escuela de filosofía, en las llanuras de remolachas y torres de vigilancia en donde Dios y los hombres dejaron de ser de curso legal de una vez por todas; y, pese a Verdún y las nieblas eslovacas, los maestros sin caligrafía de nuestro siglo habían seguido no obstante, heroicamente dentro de un orden, poniéndoles nombres grandes a piedras pequeñas con la fe que les quedaba, la de la costumbre, cosa que es mejor que nada; y más allá de los maestros de cualquier pelaje, venía aquello de otros hombres, que hicieron el objeto y no la etiqueta, hombres de los que no sabemos ya si creían en algo al hacerlo o si no creían en nada y lo hacían por costumbre, pero de los que se piensa con razón que no cayeron nunca tan bajo como los Círculos eslovacos. Eran piedras. Eran armas a lo que dicen; arpones, hachas, cuchillas que se parecían a esos pedruscos

que el suelo escupe tras las lluvias de tormenta, y que también lo son; eran los sílex, los fabulosos silicatos a los que pusieron los nombres de aldeas perdidas y que, a cambio, cargaron a esas aldeas con una montaña de edades, excavaron por debajo infinitas catacumbas más antiguas que Micenas, más antiguas que Menfis, que el Génesis todo con todos sus difuntos, hasta tal punto que uno se pregunta a quién habla el alcalde de Les Eyzies el 11 de noviembre, con su papelito, entre el cierzo, ante el monumento a los muertos; los sílex toscos y valiosísimos a su manera como las máscaras de oro del Valle de los Reyes; más valiosos; los sílex nobles con nombres con alargaderas que, además de sus patronímicos de parroquias de Somme, de Lot, de Yonne, llevan nombres de peces y de árboles, de aves, la *Hoja de sauce* de Solutré, el *Pico de loro* de La Madeleine y el *Lenguado grande* de Saint-Acheul, el más hermoso, el más antiguo, el más perverso, astillado escama a escama, que mataba impecablemente a los bueyes. Ahí estaba aquella vitrina: como estamos a dos pasos de Lascaux, el Beune grande desemboca en el antiguo Vézère, el suelo está repleto de esas herramientas de matadero, y esas granadas en desuso, sin espoleta ya para siempre, ruedan por los arroyos, se quedan atrapadas en el hielo, asoman con las raíces de los árboles caídos y saltan de los surcos, los niños las recogen en algún camino y las llevan a la escuela bajo la capa con capucha, dentro del gorrito valaco, y con una sonrisa simpática le alargan al maestro, que es un entendido, en su mano débil, ese trozo de tinieblas. Y, tras hacerlo, se sientan, se descuelgan la cartera, se absorben mientras se frotan los pies, inclinan las trenzas o la nuca tierna hacia una tarea ingrata en la que unos conejitos les enseñan a leer; y para dar gusto a sus padres, a su maestro, y a veces a sí mismos, laboran para hacerse mayores con esas cosas tras la espalda, detrás de una vitrina con etiquetas. Así que esas piedras habían llegado rodando hasta la escuela de Castelnau y esperaban el diluvio para llegar rodando a otra parte oportunamente etiquetadas ahora, para que las leyeran unos peces. Había además un cuarto de hora de tiempo que matar antes de que

acabase el recreo; por la ventana más lluvia, siempre, o esa niebla con gente dentro, que Hélène había llamado Jean el Pescador; dos trencitas, allí, intentaban una salida al patio, galopaban un poco, con chillidos frioleros y entusiasmados volvían a la zona cubierta del patio; yo dejaba ahí, donde estaban, las piedras y sus conciliábulos, me sentaba al escritorio, estiraba las piernas. Me entregaba a otra devoción, a otra violencia. Pensaba en la estanquera.

El estanco estaba bajo los soportales antiguos, donde ponían la feria, que es la plaza de Castelnau, con los comercios. Entré poco tiempo después de llegar, a la salida de clase, a última hora de la tarde. Y, claro, llovía, y tenía el pelo chorreando; el local estaba vacío. Miré descuidadamente el expositor giratorio de las tarjetas postales, el lobo solitario de Font-de-Gaume y las vacas grandes de Lascaux; los bisontes, tan redondos; y esas mujeres pasmosas de la misma época a las que llaman Venus, con nalgas desmedidas, con un cuello largo y delgado. Venden esas figuras por toda la comarca. Entre todo ese zoo, ese harén, me hizo detenerme un momento una imagen insólita: era la reproducción de una estatuilla polícroma, de escayola seguramente, de pobre factura, que representaba a un monje, de hábito y desplomado contra un tocón de árbol al que lo clavaban de parte a parte unas flechas largas; le colgaba la cabeza tonsurada, el hombre estaba muerto. Le di la vuelta a la tarjeta y leí que era el beato Jean-Gabriel Perboyre, un jesuita a quien habían sometido a tormento los chinos allá por 1650, nativo de Castelnau. Aunque resultaba un poco ridículo, el porte desmayado de la cabeza le daba un aspecto conmovedor, y una resignación, un agobio quizá, que encajaban mal con un santo, por muy muerto que estuviera. Oí repiquetear unos tacones; me volví y ella estaba detrás del mostrador. La veía de medio cuerpo para arriba. Llevaba los brazos al aire.

No creo en las bellezas que se van revelando poco a poco, a poco que nos las inventemos; sólo me importan las apariciones. Ésta me puso al instante pensamientos

abominables en la sangre. Decir que era un bocado soberbio es poco. Era alta y blanca, era leche. Era algo amplio y copioso como las huríes en las Alturas; anchuroso, pero estrangulado, con la cintura apretada; si los animales tienen una mirada que no desmiente sus cuerpos, era un animal; si las reinas tienen una forma propia de llevar erguida en la columna del cuello una cabeza plena pero pura, clemente pero fatal, era la reina. Aquel rostro regio iba desnudo como un vientre; y, en él, esos ojos muy claros que tienen, milagrosamente, las morenas de piel blanca, esa índole rubia secreta bajo el pelo de ala de cuervo, ese enigma que nada, si por azar posees a esas mujeres, ni los vestidos remangados ni los gritos, resuelve. Tenía entre treinta y cuarenta años. Todo en ella era conocimiento del placer, ese mismo, desde luego, en que suele pensarse, pero también ese otro que dispensaba a todos, a sí misma y a nada cuando estaba sola y dejaba de verse, sólo con apoyar las yemas de los dedos, volviendo un poco la cabeza, y entonces los discos de oro que llevaba en las orejas le tocaban la mejilla, mientras te miraba o miraba hacia otro lado, y aquel placer era agudo como una herida; lo sabía; lo llevaba con valor y con pasión. Bien está, no es posible hablar de ello; no, no es nada nacido de la arcilla: es como el latido furioso de miles de alas, en tempestad, y, no obstante, no existe materia más plana, más grávida, más ensartada en su peso. El peso de ese medio cuerpo, grácil en resumidas cuentas pese al acampanamiento de los pechos, era considerable. Unos paquetes de cigarrillos, bien colocados detrás de ella, la aureolaban. No le veía la falda, pero estaba sin embargo allí, detrás del mostrador desmesurado, imposible de levantar. La lluvia brusca, fuera, azotaba los cristales: la oía crepitar en aquella carne intacta.

Me seguía chorreando el pelo por la frente. Aquella mujer, con los labios algo entreabiertos, benevolente y apenas extrañada, observaba pacientemente mi silencio. Estaba a la espera de lo que quisiera yo. Hablé en un sueño, pero con voz clara pese a todo. Se volvió, se le vio la axila cuando alzó el

brazo hacia sus estantes, y la mano franca, suavísima, ensortijada, se me abrió ante los ojos llevando en la palma el paquete rojo y blanco de Marlboro. Rocé aquello al coger el paquete. Quizá para ver de nuevo ese gesto, la moneda en la palma, las uñas pintadas, juntándose y desmadejándose, compré también el santo herido de flechas de la postal. Me sonreía abiertamente. «¿Quiere un sobre?», dijo. Claro que quería un sobre. La voz también era generosa, las palabras llegaban como un don. Una vez más el brazo bajó, la mano asió, los discos de oro acariciaron la mejilla. Cuando salí, estaba la escampada engendrándose; los adoquines amarillos relucían, había dejado de llover. Por la cuesta hacia casa de Hélène, hacia el Beune grande, salió el sol, el cielo se abrió y los árboles rubios tomaron impulso; yo tenía en la garganta y en los oídos algo plañidero, poderoso como ese grito interminable, pero cortado en seco, modulado, colmado de lágrimas y de deseo invencible, que hace asomar de gargantas nocturnas, encadenadas, curiosamente libres, la palabra *honey* en los blues. En la sala, en casa de Hélène, el sol se ponía más allá del Beune y otras nubes, muy negras, se agachaban como sirvientas y venían; el amor que mueve las estrellas emocionaba a las estrellas, allá detrás, las pintaba de afeites, las adornaba como a unas Esther, las desnudaba para que, muy blancas, apareciesen dentro de un momento; unos rayos de luz le acariciaban el pelaje rojizo al zorro; unos niños en el campo veían relucir un pedrusco rejuvenecido y era un bifaz que me traerían mañana con algo parecido al amor; allá arriba, en la plaza, la estanquera se estremecía con las fiestas brutales de la noche, quizá le temblaba fugazmente la mano en un paquete de Marlboro, la falda le acariciaba los muslos. *Honey* cuando está bajando el sol, cuando llega la noche, cuando las mujeres tienen el alma desnuda como la mano.

¿Me atrevía a pensar que podría ser mía? Sí, desde luego, y rabiosamente, pero sólo mediante un milagro, no mucho más asombroso, bien pensado, que ese que permitía que existiera ella en Castelnau y que hacía nacer paquetes de Marlboro de

una mano divina. Yo estaba en esa edad en que creemos que no tenemos nada que dar, nada que pueda darse a cambio de tantas riquezas, los muslos y los pechos, los discos de oro y el grito de la falda, nada, y desde luego no esa cosa extravagante que nos crece de forma magistral del vientre. Y además yo pertenecía a esas generaciones absurdas, sobrecargadas de trabas, que se imaginan que a las mujeres les viene deseo por nosotros so capa de que podamos hablarles de cosas señaladas o muy serias, las artes frívolas o las bellas artes, la política, el revoltillo del viento que sople en cada momento; o, si no se les puede hablar de todo eso, hay que dejarles claro al menos que nada de ello tiene secretos para nosotros. Yo era de físico agraciado sin embargo, agradable sin duda, y eso que me crecía del vientre era más que suficiente para convencerla, o, más bien, lo habría sido, ya lo veremos, si hubiera tenido ella, como suele decirse, el corazón libre. Así que no intenté nada, no tuve más ademán hacia esa mano que el de recoger el paquete rojo y blanco; pero me daba importancia comprando *Le Monde*, que no leía –en el estanco también vendían diarios– y cuyos ejemplares se amontonaban en mi habitación, más arriba del hondo agujero inculto del Beune; y ella desde luego no veía en eso nada para darse importancia y le importaba un carajo. Iba todos los días a la tienda, lo que quedaba de sobra justificado con mi pasión verdadera por el tabaco y mi pasión fingida por los periódicos indigestos: cruzábamos unas cuantas palabras, me daba su sonrisa y la calidez de su voz; era paciente; le crujía la falda, a veces le veía las piernas, siempre iba de tacón alto.

II

Había notado que, muchas veces, los domingos y por las tardes, se iba a pie por la carretera de Les Martres, siempre de tacones altos hiciera el tiempo que hiciera, muy arreglada, y volvía mucho después, o no volvía, a menos que hubiese tomado un desvío que no conociera yo. Yo me preguntaba poco qué iba a hacer en aquel lugar: el cielo me la daba y verla allí me bastaba. No tardó esa carretera en convertirse en mi pasión. Había prados grandes y nogales sombríos a la salida del pueblo y, más allá, bosques que recorrían múltiples senderos que llevaban a aldeas; y todo ello iba siguiendo el borde de la falla, era la zona de las cuestas muy empinadas a veces, y había algunos escondrijos detrás de algunos desprendimientos, hondonadas desde donde sólo se veía el cielo, paradas secretas bajo unas hayas. Allí, las tardes de festivos, bajo la lluvia las más de las veces, hacía yo como que tomaba el aire y sentía mucho interés por las hierbas o las piedras –los maestros tienen fantasías de ésas y libertades así–, pero andaba rondando por los caminos y la esperaba, envarado, crispado en una tensión dolorosa con la que me latía, como en la sangre misma, una mujer acicalada, desnuda luego, vestida de nuevo en el acto y desnuda, un ritmo de nailons, de oro y de piel, mil sedas batiendo esa carne de seda. En disposición tal, me llegaba al Beune; miraba cómo acarreaba abajo, en su agujero, agua sucia bajo un cielo sucio, donde peces invisibles desovaban con ojos muy abiertos y taciturnos: qué hermoso era no obstante el mundo aquel en que unos nailons podían colmarme la imaginación y dejarla al desnudo al dejar al desnudo una carne soñada. Volvía a meterme bajo los árboles. Me quedaba parado de repente; me imaginaba su boca; me imaginaba sus pechos; si pensaba en la parte baja de la espalda tiritaba picando más arriba de la mayor concupiscencia. Si te ve, me decía, a lo mejor deja caer hacia atrás la cabeza sin decir palabra, tirita como tiritas tú, te agarra por donde quieres agarrarla tú y, cogiéndose la falda con las manos, se entrega ahí mismo, arrimada a ese chopo, en esos

charcos donde se le habrán caído los discos de oro, donde heñirán sus manos, donde verás la imagen de sus pechos; y, más agitada que un árbol al viento, sus voces derribadas boca arriba espantarán a los cuervos. Me fallaba el corazón. Oía un ruido, adoptaba el porte del paseante absorto, sólo era un animal que salía corriendo; y, otras veces, allí estaba ella, venía por entre las frondas y el barro, con aquellos tacones altos y aquel maquillaje impecable, aquel talle, con guantes a veces, con las manos en los bolsillos de la gabardina, con la cabeza erguida, aquella reina, y se detenía a mi altura, y me decía con mucha simpatía que fumaba demasiado; yo respondía según el mismo guión, caía en su sonrisa, quería conservar aquella gota de lluvia prendida en el tenue vello de la mejilla, que titubeaba, que resbalaba. El morado de sus ojeras me desgarraba, su perfume en el bosque me crecía en el vientre. Se alejaba, la falda le susurraba más alto que los árboles, los tacones perforaban las hojas caídas. La gabardina, que tensaban las manos metidas en los bolsillos, se acampanaba a la altura de las nalgas. Yo me asfixiaba de bestialidad. El mundo era una carne blanca, un bocado soberbio. No atravesaban a Jean-Gabriel Perboyre flechas más abrasadoras, ni estaba él más caído contra su tocón de árbol que yo contra el mío, dándome gusto con manos que ya no eran yo, que eran de ella: los deleites con los que me colmó, que me dio ella en persona, desde luego, en cierto sentido, pues estoy seguro de que sucedía a sabiendas suyas, son los más virulentos que hayan cruzado nunca por mí. En otras ocasiones, no venía.

Yo no regresaba hasta que era casi de noche. Al ir bajando por entre los nogales, veía allá arriba el pueblo de Valaquia, de Périgord; la escuela alargada, encaramada desde los tiempos de los Jules, donde dormía el arsenal; la panoplia de hombres antiguos que pasaron deseo en los bosques; y la iglesia, algo más abajo, y dentro el niño Jean-Gabriel, que deseó que lo sometieran al suplicio en el río Amarillo, que lo consiguió y era beato; y la hostería eterna. Las ramas y la lluvia se

abalanzaban contra el cristal de la ventana. Un hervidor cantaba, el filtro de la cafetera humeaba. Yo estaba empapado, pero hervía en aquella agua. Me sentaba, estupefacto, bajo el zorro familiar; había unos cuantos bebiendo, con los chubasqueros de hule soltando vaho; unos cuantos barqueros que, a golpe de tragos largos de cerveza, sin despegarse de la barra se trasladaban al otro lado, a la orilla de enfrente que se parece a ésta, donde hay las mismas personas, pero que es más mullida, más cálida, más vibrante; Jean el Pescador no estaba –por lo demás, no vivía aquí y no venía a diario–; lo habían visto irse antes de amanecer, a pescar anguilas, o a saber qué; hizo un guiño, dándose media vuelta, se esfumó con las nasas y la red de malla cuadrada al hombro, camino del Beune chico. Hélène me servía aquel jamón suyo perpetuo y aquellos patés de mosquetero; mi deseo no había mermado; me pesaba en el vientre mientras comía. Fantaseaba, me pasaba de la raya. Me imaginaba, en la sala color sangre de toro que olía a colillas, a tonel, a salitre, que se habían ido todos los bebedores hacia la noche oscura a la que nadie se resiste, y la estanquera, sucumbiendo en el acto a aquella llamada, se sentaba en la cama y se echaba por los hombros la gabardina para acudir, torciéndose los tobillos con los tacones altos, la reina, entraba como el viento, se abría la gabardina con ambas manos trémulas y, sólo a disposición mía bajo la mirada reflexiva de Hélène, detrás de la barra, arrojada desnuda sobre las mesas manchadas, sobre el billar automático apagado, sacudía los discos de oro, dejaba perdida la mirada en blanco, en todas las posturas, en fin, en que pudiera saberse más de su pelo de ala de cuervo, de sus muslos de horchata, de sus nalgas de nácar, gozando inmoderadamente bajo un zorro, y sus chillidos de osífraga cayendo, rodando barranco abajo, asombrando a los cazadores furtivos en cuclillas a la orilla del Beune. Yo le sacaba las tripas. Hélène despejaba la mesa, pensativa, y, con el brazo grueso y colmado de elegancia, la limpiaba. Yo pensaba en lo que hubo antaño bajo aquellos harapos hermosos: a ella no parecía importarle que ya no quedase nada; quizá se había librado de aquella hinchazón, de aquella

quemadura que arroja a las más jóvenes hacia el drama de la noche, las envilece y las consagra, les hace perderse de placer a gatas y, a gatas también, y apenas con menos gritos, perderse otras veces de dolor, de duelo, de miseria. La carne muerta de Hélène era radiante. Porque esa carne suya ya no era ella, pero en otro lugar, desprendida, libre de ella, su carne estaba pescando anguilas en el Beune chico, o, de codos en otra taberna en SaintAmand-le-Petit, dejaba chafados a los bebedores con sus hazañas al echar la red, con el retel, con su labia, con su aguda astucia tan antigua y sus apaños con cabos de hilo y plomo, que no lo eran menos; su carne deambulaba lejos de ella llevando, echado al hombro, un morral repleto de morralla, de Gitanes liados en papel de maíz, de cebos; se detenía, a pie firme, ante el río y azotaba el agua oscura con nailon claro y con moscas niqueladas; la carne de Hélène era el mejor pescador del cantón y quizá del distrito. Era la madre de Jean el Pescador y eso ahora le bastaba, era algo que seguiría con los talones afianzados junto al agua, acechando, echando pestes, regocijándose, hundiendo el anzuelo, descubriendo brutalmente las escamas de nácar en la luz brillante, cuando ella fuera ya papilla bajo la tierra de Castelnau, junto a la iglesia. Me hablaba un poco, me miraba mucho entre los párpados maliciosos y hacía como que me escuchaba, estaba al tanto seguramente, aunque no estuviera al tanto de que mi deseo se llamaba concretamente Yvonne y vendía Marlboro. Así que por un momento las veía a ambas, a la ausente y a ésta, a la calipigia y a la adivinadora, pero inmemoriales las dos cada una a su manera. Me iba de la sala color sangre de toro, de la caverna con sus madres, sus hijos, sus compañeros de tractor de cuyas libaciones surgen hermanos y su suma calipigia allí importunada, metiendo la cintura, prestando a todo aquello meta y pasión, desmedida, invisible. Los padres cazan en el más allá. Me acostaba, la luna entraba por un instante en mi cuarto y, a gran distancia, en unos claros perdidos, acariciaba unos sílex que nadie ve; la lluvia, más enconada, los enterraba. Hay puertas que se cierran de golpe en la noche negra; el sexo encapirotado de los perros

se estremece, y gruñen. Me quedaba dormido encima de mujeres que empujan esas puertas y entran en unos pajares. Jean el Pescador coge una carpa.

Y por la mañana estaba la escuela, la ronda de los piececitos. Estaba la escritura que se aprende llorando, la frase y la ortografía, sin saber –no se sabrá nunca por lo demás– que más adelante, cuando las trencitas sean pelo de ala de cuervo, cuando los pantalones sean largos incluso en pleno verano, entonces no quedará ya más que la escritura con todos sus efectos, las máquinas y las ofertas de empleo, las motocicletas arregladas y las escopetas de caza, los guateques y el cine en Périgueux, ya sólo habrá eso entre vosotros y lo que os crece en el vientre; o, para las trencitas, entre vosotras y lo que os hiende el vientre y crece al revés. Los piececitos se movían, los ojos me miraban muy abiertos. Las rodillas eran diligentes bajo las mesas, las manos escribían. Los calígrafos de los Jules velaban por detrás, con la buena letra de su mano primorosa, y también las otras manos, fervientes y precisas, que, escama a escama, tallaron pacientemente los lenguados achelenses, los arpones para ir de pesca, para escribir en el agua; y estaba yo, que seguía adelante; yo, serio como si tuviera una barbita puntiaguda, que les enseñaba la ortografía, con su gola rizada, sus abotonaduras de ajustes exuberantes, sus perifollos y su fíbula, pero que, no bien se iban ellos al patio cubierto, detrás de la lluvia, desnudaba y abría a una mujer muy blanca que les vendía piruletas y les sonreía, que era la mamá de uno de ellos. Sí, tenía en mi clase algo que se le parecía, que tenía sus ojos claros bajo los párpados carnosos y el pelo de tinta, pero no los pechos, ni las nalgas, por no mencionar los discos de oro, y que, en consecuencia, no se le parecía en absoluto: era Bernard, su hijo, que tenía siete años y cuya carne, supernumeraria, no le valía de gran cosa a ella, porque tenía una carne de su pertenencia, mucho más impetuosa y densa que aquellos treinta kilos de siete años. Existía, pues, entre ella y yo otra mediación además de los cigarrillos y de los pasmos fabulosos que me proporcionaban los bosques por donde

aparecía ella, otra moneda además de aquellos encuentros trucados, rabiosos, corteses; era aquel niño.

Llegó noviembre y no dejaba de llover. El Beune iba crecido, sumergía los caminos de pescadores. Pasaron unas grullas, muy bajas, y allí estábamos todos, en el patio del colegio, con las caras chorreando y echadas hacia atrás, mirando aquella uve grande que chillaba sobre el fondo de un blanco denso de las nubes y rastrillaba el cielo despacio como una red sacada del Beune; un labriego mató a una, rezagada y cansada, que se posó cerca del agua, y la vi por la noche, en la hostería de Hélène, encima de la barra entre los vasos grandes con espuma. No se le veía la herida; el cuello blanco colgaba hacia fuera, alargaba el pico como cuando volaba estirando el cuello. Unos hombres con chubasqueros de hule chorreando le hundían los dedos en las plumas y sobaban la grulla muerta. No la disecaron, a la gente ya no le gustan esas cosas.

Pasaban grullas y mis alumnos aprendían a conjugar. Por esos mismos días, subí una mañana a mi Gólgota pequeño deseando que Yvonne llevase un vestido que le había visto la víspera y, en el pelo, esas dos peinetas grandes que yo prefería y le dejaban al aire las mejillas, de forma tal que se brindaba más el leve abotagamiento con que la barbilla se curvaba hacia el cuello. Había gente en el estanco, hombres con el traje de los domingos que habían venido de las aldeas para reponer los paquetes de picadura y comadres del pueblo que espigaban después de misa con qué alimentar la maledicencia, con qué sobrevivir. Tras todos esos hombros envarados, enfundados en trajes o en vestidos de felpa, Yvonne despachaba, bienhumorada y dadivosa como solía. Llevaba las peinetas, llevaba el vestido; su cara, mayor que nunca, me desposeía, me transportaba al colmo de la felicidad. Llegó un hombre que pasó, tan desahogado, por delante de toda aquella gente y, apoyándose en el mostrador, se inclinó apenas hacia Yvonne; le dijo unas pocas palabras que yo estaba demasiado alejado para poder oír; me pareció, por lo demás, que hablaba a media voz. Yo le veía, más abajo de la nuca despejada, el terno, cuyo

corte no era demasiado bueno, pero que le sentaba bien en los hombros un poco caídos, y, a ambos lados del cuerpo, unas manos bastante delicadas, apoyadas en el expositor grande de plástico donde estaban los mecheros. Yvonne lo miraba. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a ella, tan bienhumorada hacía un rato, tan altanera y tan expansiva, le había cambiado la cara. ¿Cambiado? No es que se retrajese, que dejara de dar; daba algo muy diferente. Igual que Jean-Gabriel, quizá, al ver la Mano inefable tras la otra mano que tendía el arco, bendiciendo a las dos, trémulo; pero yo estaba a cien leguas de acordarme de Jean-Gabriel. Yvonne se había ruborizado; la barbilla, más blanca, no sabía si seguir sonriendo. Y seguía; pero había en sus ojos esa llamada, ese sueño, ese rechazo que tienen las mujeres de la sombra y las que están en misa, un servilismo delicioso y un vano estremecimiento de rebeldía más delicioso aún. Yvonne se inmutaba, cedía, daba a la vez la rebeldía y la derrota, las dos se afilaban sin que ninguna se impusiera. Ocurrió todo en un momento, el susurro inaudible del hombre, las manos apoyadas en la vitrina de los mecheros, la mirada titubeante de Yvonne y aquel pathos abrasador en sus mejillas, el relámpago de animal que se inmuta, sujeto. El hombre dio media vuelta, era de estatura mediana; recio, pero sin más, de pelo abundante de un rubio apagado, que le nacía comiéndole la frente, de ojos pequeños y seguramente risueños y de boca grande, generosa o ávida; tenía la tez rubicunda y, ya lo he dicho, las manos delgadas. No había saludado, pero nada en su persona expresaba brusquedad u hostilidad; cierta educación, antes bien, algo así como un sosiego, imperaba en aquellos hombros caídos, en aquella elegancia un tanto vulgar, en aquellos rasgos gruesos y francos de encanto inesperado y, al contrario de lo demás, fino. De propina la satisfacción un tanto ebria de los cazadores que acaban de acertar con la escopeta. La lluvia le cayó en los hombros; sin apretar el paso, volvió hasta un Peugeot viejo cuyo motor había dejado en marcha. Durante el momento de silencio que gravitó sobre la tienda, pensé en el ruido de la sangre que le latía en las mejillas a Yvonne. Las comadres se miraban con sonrisitas

cuya crueldad estaba en un tris de hacerlas guapas; los labriegos pedían los cigarrillos con voz insistentemente mimosa, pero con cierta maldad en ella. Yo era uno de ellos, seguramente. Yvonne bajaba la cabeza, hurtaba las mejillas. Al despacharme los Marlboro alzó la vista con violencia y me miró como no me había mirado nunca.

III

A finales de noviembre cambió el tiempo y las aguas se endurecieron. Los campos inundados se helaron, matojos de juncos requemados asomaban, tiesos, del terreno. Era la temporada en que se venden las viñetas de los coches; podían ser las tres de la tarde y volvía a ser domingo. Había nevado durante la noche, esos copitos reticentes y prietos de los grandes fríos, que dejan poca huella. Helaba a todo helar, el cielo límpido estaba rígido. La claridad parecía verde: podía esperarse una hora más de luz. El estanco estaba lleno de clientes de mal humor que perdían la paciencia, daban golpes en el suelo con los pies y, cuando se hartaban, se iban: Yvonne no estaba y el niño, Bernard, que estaba a cargo de la tienda, como ocurría en muchas ocasiones, sabía vender periódicos y cigarrillos, pero no habría sido capaz de llevar a cabo las operaciones complicadas que lleva consigo el despacho de viñetas. Salí como una exhalación de la tienda: no sé qué presentimiento me movió a coger a toda velocidad la carretera de Les Martres; bajo los nogales ásperos me contenía para no correr: el frío limpio me aguzaba, el mundo era un nailon helado, un apresto bajo el que palpitaba, sin que supiera yo dónde, una carne hirviente que tenía que asir, con la que tenía que arder; quería alzarlo y que rechinase. Me zumbaban los oídos, no era ya dueño de mí. Hay una prolongada línea recta pasada la salida del pueblo, después de los nogales, antes de los bosques, y la rodean por completo campos muy extensos; mi mirada dura registraba esos campos, llegaba hasta los confines, se remontaba hasta las lindes, lugares todos ellos en donde nacía mil veces Yvonne con las medias puestas, blanca, con la parte baja de la espalda al aire entre el frío, mordida, arrojada fuera del bosque entre las sevicias de invierno y las de mi mente. Aquella pieza de caza mayor desaparecía mil veces. Vi de pronto moverse muy lejos unos puntitos que salían de debajo de los árboles y tomaban por un prado en cuesta; al acercarse, me permitieron intuir la mancha roja de un gorro que danzaba despacio al azar de los accidentes del terreno; y, a

su alrededor, otros gorros, unas capuchas, otras piernas que se acercaban atrevidamente, cuatro o cinco hombrecillos resueltos, pero canijos, como enanitos viejos. Aquellos enanos llevaban algo; seguían andando por el prado hacia la carretera, sin apartarse del reborde pardo de las lindes de árboles requemados. También a Yvonne solía sucederle aquello de meterse con tacones altos por los prados en sus periplos enigmáticos; y los enanos no cabe duda de que anuncian a la reina y dan vueltas en torno suyo: sin pensármelo dos veces, pasé por encima del seto y fui a su encuentro.

Eran niños de la escuela que vivían en el municipio de Les Martres, como me di cuenta cuando estaban lejos aún. Lo que llevaban dos de ellos en una vara apoyada en el hombro me sorprendió mucho y, de entrada, tuve mis dudas; pero no, era efectivamente un zorro colgado por las patas según el uso antiguo o salvaje; y así lo transportaban, a saber por qué, entre el frío. No cabía duda de que el animal estaba muerto, la abundante mata, caída, de la cola les barría los pies a los niños, densamente pelirroja bajo el cielo verde. Apreté más el paso. Aquel trofeo de una edad antigua que unos cazadores retacos traían hacia mí, la ofrenda que con él iban a hacerme, aquel esbelto animal carnicero en manos de unos chiquillos de campo adentro, el gorro de un rojo vivo, las capuchas muy usadas, la diligencia obtusa de los porteadores y los bailes bobos de los demás, que brincaban en torno, todo ello me hizo medrar la villanía, la agrietó, la afiló con ese malestar sin el cual le falta algo. Estaba metido en una fabulilla medieval obscena. Un hacha invisible quebrantaba un árbol a brazo partido. Los bosques se llenaron del grito lamentable de los lobos atiborrándose con una espléndida víctima que nos es muy querida; aquella vara apoyada en los hombros me pareció propia de otras presas; creí ver atado a ella bajo nailons fríos que la postura remangaba, en vez del pelaje rojo, ese otro, tan negro y crudo, que era espuma en los muslos gruesos de aquella pájara. Yo corría ya del todo, tenía buen pretexto. Quebraba juncos bajo los pies; el aire en los oídos me aturdía;

surgida del bosque por un sendero mínimo, muy tiesa y quizá atemorizadora como Ysengrin el condestable,[1] y agria como su loba, estaba a dos pasos de mí, de pie, de forma tal que, al correr, habría podido tropezar con ella. Me pareció gigantesca. Me detuve en seco.

No soplaba ni una ráfaga de viento al filo del bosque. Ella iba de tiros largos, con uno de esos abrigos anchos y pardos, tipo carric, que uno se imagina en los hombros de ciertas engreídas altaneras de principios de siglo, quienes, con el meñique en alto y la boca como una cereza, miran con prismáticos el pesaje de chaquetillas; y, debajo, unas perlas que, pese al invierno, dejaba que le asomasen en el cuello; los discos de oro, como siempre, y unas medias finas, de brillo, bajo las que la blancura exacerbada se sonrosaba entre el frío. Toda aquella elegancia en las lindes de un bosque perdido se hallaba fuera de lugar como una procacidad referida a unas chaquetillas airosas. Intenté en vano recobrar el resuello, lo que me lo cortaba ahora venía de más abajo, afilado como una navaja de afeitar. Me pareció que ella también había corrido, el resuello imponía una precipitación semejante a los pechos, el carric y las perlas; todo se movía; por lo demás, el aliento breve que la helada difundía decía de sobra de su prisa o de su emoción. El frío la había abofeteado, los labios estaban considerablemente cortados, pero pintados por encima de la llaga. Miraba cómo se acercaban los niños y ponía a mi disposición su perfil, como si no me hubiera visto: aquella coquetería torpe me fustigó más de lo que me habría fustigado su desnudez. Se le cortó el aliento; se puso de cara a mí despacio y, con una mirada que el arrobo exaltaba más que los discos de oro, más que la diadema de ala de cuervo y la boca herida, me entregó el hermoso rostro naufragado, los pómulos en ebullición, los ojos fijos; le temblaban las ventanas de la nariz; inclinó la cabeza un tanto hacia la izquierda, como para mirar hacia el bosque, pero con una lentitud afectada y sin perderme de vista: tenía en el lado derecho, que así descubría, salvado el lunar, pero hiriéndola de lleno, despuntando con

creces en el cuello, floreciendo más abajo, bajo el carric, y rozando la mejilla con un pétalo abyecto, esa marca, gruesa y abultada de sangre negra y más magullada que unas ojeras, más mordida que sus labios, que dejan ostentosamente los látigos.

El fuego que esa visión me hizo correr por las venas habría debido arrancarme un grito. Nada podía igualar el desnudamiento de ese rostro al que de repente le habían saltado, como si fueran otros labios, las fresas de los pechos. Clavaba en la mía su mirada ufana, yo la captaba y ella se ruborizaba interminablemente. La arrogancia y la vergüenza se la disputaban como dos perros de fuerza idéntica se disputan un pedazo de carne; e, igual que ese pedazo de carne, aguantaba. Ya teníamos encima a los niños; ¿iba a levantarse las faldas y a enseñarme el resto delante de ellos? La poseía esa embriaguez. Los niños estaban a nuestra altura, pasaban saludando efusivamente y con alboroto; aquellos enanos que me traían piedras miraban a la reina con ojos muy abiertos, bien de frente, a la estanquera; uno llevaba una cestita llena de huevos blancos; el raposo se balanceaba al ritmo de la marcha, con el hocico abierto y dejando al aire todos aquellos huesos insertados en las encías negras; el rabo tieso estaba congelado. Lo vi en un relámpago, no despegábamos los ojos de los del otro. La loba no se había fijado en nada. «¿Esto qué es?», dije, fuera de mí. No sé de qué quería hablar, de qué indecible trofeo rojizo o carmesí, pero esas palabras me estaban ahogando, tenían que salir; aún las oigo silbar en el aire helado, convertirse en vaho contra el hierro de las hachas. Yo era el árbol. «Lo pasean», dijo ella, «por las casas; lo enseñan. Les dan algo de dinero, unos huevos. Por la noche, lo despellejan arrimados a una puerta.» Tenía la voz demasiado chillona y restallante, con algo así como un rebuscamiento que la agrietaba; encogía hacia arriba los labios hinchados y ceceaba un poco. Más allá de cualquier rubor aquellas palabras suyas eran una vergüenza en estado puro, igual que la marca reciente que quemaba entre el frío. «¿Qué hacen con el

cuerpo?», añadí con idéntica exaltación. Ella titubeó, la voz chillona brotó y se quebró en seco, tenía la boca seca; y, en un soplo, bajando por fin la mirada: «Supongo que se lo dan a los perros.» El trozo de carne se partió, las manos se le tensaron en el bolsillo del carric, se estremeció. Le temblaba la barbilla.

Volvió a ser la mujer que le vendía Marlboro al maestro joven y se las apañaba en la vida como podía en Castelnau. Existía. La suma calipigia es una pobre mujer. Desvió la cabeza como cuando vas a llorar y sin una palabra, dejándome donde estaba, cruzó por medio del prado hacia el pueblo donde iba a vender viñetas, con la suya propia en la mejilla. Tenía otra en la parte carnosa de la pantorrilla, enternecedora bajo el nailon negro. Caminaba despacio, con desmesura. Se balanceaba al andar. Las capuchitas estaban desapareciendo bajo los nogales. A hombros suyos, en la oscuridad, el animal emblemático, el coyote o el can dingo, el raposo, el chasqueador de las antiguas cosmogonías, el pelirrojo, el astuto, el adulador del fabulista, llevaba mucho invisible y también se balanceaba seguramente. Caía la noche; las estrellas afiladas se clavaban en lo alto. Los golpes de las hachas se volvieron más opacos a mis espaldas, el árbol se desplomó con un estruendo de puerta de pajar que se abre y golpea. Las luces se encendían en Castelnau. Quedaba aún en la ancha noche una mano de blanco puro al oeste. La reina estaba en la parte de abajo del prado, de tacón alto como una grulla peripatética, desnuda bajo sus perifollos como un pez al que quitan las escamas. Movía las caderas. Pensé en lo que las había movido más aún hacía un rato. Pensé en su júbilo, en su cruel elegancia; en el orgullo de ser guapa; en la vergüenza que le encogía la voz aguda; en cómo era su grito. Pensé que era la madre de Bernard, del niño. Los juncos acerados le acariciaban los tobillos, le hacían una carrera en la media, cortaban. Y era algo que se me encaramaba en el vientre. Bajo la oscuridad, bajo el abrigo, bajo las faldas, bajo los nailons, bajo los discos de oro, las perlas y los tiros largos, bajos los cordoncillos y los frunces de la Milady, había, muy pegada a

las medias nocturnas, aquella carne de una claridad deslumbradora, en cuya parte más blanca me imaginaba, veinte veces repetida, asestada, recibida con brincos intensos y ritmada con sollozos, la frase pesada y sin réplica, siempre redundante, siempre jubilosa, asfixiante, negra, la escritura absoluta que llevaba ella en el rostro.

IV

Me enteré por la noche de que un uso muy antiguo, dado de lado seguramente con posterioridad, disponía que los cazadores, si por ventura mataban un zorro, entregasen sus restos a los más inocentes para que fueran de peregrinación de pueblo en pueblo y con la derrota ostentosa de aquel animal nocivo se ganasen algún dinero y disfrutasen de las ganancias de la piel: ese animal, a lo que dicen, lleva consigo la rabia. Se contaba antaño que robaba las anguilas, forzaba a las lobas y arrasaba los viñedos. Yo lo relacionaré siempre con la carne vencida y arrasada de Yvonne, con su alma despojada un atardecer de mucho frío.

Yo tenía en Périgueux una amiguita de la que no me queda más remedio que hablar. Estudiaba allí y venía a verme en su Dauphine, casi siempre de improviso porque no tenía agobios de tiempo. Le había cogido cariño a Hélène y creo que se trataba de un cariño compartido: a veces se pasaban juntas días enteros en la cocina de la hostería mientras yo estaba en la escuela, o en la sala principal, en una de cuyas mesas Mado –mi amiga– tomaba interminablemente el mismo café, que llevaba frío mucho tiempo y, según disponían sus ensoñaciones, dejaba redondeles con la taza en la madera encerada, ganándose las iras de Hélène. Reñían por naderías y se daban mutuamente recetas de mermeladas, se mostraban fotos y parte de su guardarropa; Mado alardeaba de sus medias con complacencia y las enseñaba; la mujer joven tenía a veces los ojos empañados cuando yo volvía de clase, y la vieja estaba de buenas y con aires soñadores, más elegante quizá, con el mechón gris metido debajo de la pañoleta; habían estado hablando de hombres, de qué lanzaba a las anguilas a Jean el Pescador; del difunto tabernero, que seguramente no era peor que cualquier otro en los tiempos en que la vieja tenía algo debajo de los hermosos andrajos y el tabernero manos para remangárselos; de mí; eludiendo siempre, rozando y casi acariciando pero rechazando por todos lados, hacia el Beune, allá abajo, hacia el zorro, allá arriba, lo que se nos encaramaba

en el vientre a mí, al tabernero, a Jean y a los demás. Yo notaba eso que notan los hombres en ocasiones tales, irritación mezclada con una inconcreta fatuidad, con la certidumbre de que unos cuchillos acerados me perjudicaban en aquellos conciliábulos de recocina. Ellas me sonreían, me hacían café y me cortaban generosas porciones de tarta. Todo aquello resultaba demasiado evidente; buscaba refugio en un rincón con unos dictados y atendía al fárrago más complejo de los bebedores valacos que se ponían ciegos de cerveza, en aquella oscuridad veían algo y se esforzaban por hablar de ello, por ejemplo de Jean el Pescador, allá fuera, escudriñando la oscuridad profunda, cazando furtivamente, buscando sentido en todos los charcos del pantanal en que estábamos. Esperaba a que se acabasen las historias de medias y pañoletas: el conciliábulo perdía garra de tanto rozar lo indecible. Mado caía en la cuenta de mi presencia, salíamos. Cogíamos el Dauphine, lo parábamos en algún camino encajonado y yo le metía mano deprisa y corriendo a la chiquilla entre las palancas de cambios, en aquel coche de juguete que en ocasiones tales nos hacía más bien las veces de cepo. La encandilaban más las fintas verbales con Hélène que mis atenciones: yo no decía ni palabra y la tomaba con los ojos cerrados, sin preámbulos, se lo entregaba todo a Yvonne, en la mano suavísima de los Marlboro, en los frunces apartados de los tiros largos, por todo el tajo negro que durante diez días había ocultado una pañoleta. Mado no era complicada, se contentaba con aquello, como hace la mayoría, supongo. Era morena también, más delgada, excitante como suele decirse. Soltaba en el Dauphine chillidos de ratón como cuando gusta un plato. Los preparativos excesivos y la derrota total, los brincos y las lágrimas, la cuchilla gigante sobre la breve conjunción de ambos sexos, el amor, en resumidas cuentas, no eran su punto fuerte. Hay que reconocer que yo no la ayudaba gran cosa, todo aquello lo tenía en otra parte: menuda cuchilla había en la plaza.

A veces también dábamos una vuelta, íbamos a conocer la

comarca, desde Font-de-Gaume hasta Lascaux, desde La Ferrassie hasta SousGrand-Lac. Sabido es que bajo esos lugares corre mucha agua que agujerea la caliza. Por encima de esos agujeros durante años incontables pasaron renos trashumantes, que desde el Atlántico subían en primavera hacia la hierba verde de Auvernia entre el trueno de sus cascos, con su polvareda inmensa en el horizonte, bajo los candiles de las astas, apoyada la cabeza taciturna de uno en la grupa de otro; y allí, en el gollete crapuloso que forman al abrazarse el Vézère, los dos Beune y el Auvézère, los esperaban con *lenguados,* con *picos de loro*, con gritos de alarma; y los comedores de líquenes oían desde lejos los tambores, veían las hogueras si era de noche, y de día veían el humo, pero, sin desviarse, tiraban hacia los tambores, se estiraban por las estrecheces de la orilla del agua, temblorosos; caminaban recto; porque si los renos hubieran podido concebir un dios o un demonio le habrían dirigido preces y lo habrían pensado allí, calendárico e imparable, todos y cada uno de los meses de abril alzándose por doquier a un tiempo en las crestas, desenfrenado sin motivo como son los dioses, apareciéndose en un cuerpo múltiple que animaba la única voluntad de volverlos locos, en bandas escandalosas, hombres que eran todo hachas y fosos con estacas dentro; y habrían pensado que aquel dios era clemente porque, en último término, nunca se quedaba allí más que una tercera parte, y el resto gozaba todo el verano de los líquenes de oro encima del basalto, del sol que se pone tras los suaves volcanes redondos, cuando hace bueno y rumian la hierba del día. Y los hombres, que eran el dios aquel de los renos, tras ocho días de guirigay, de sangre, de fuerza bruta en los golletes, de despellejar, de salar y de ahumar la carne, en esos pocos días de abril que les permitían pasarse el resto del año sin hacer nada, mirando, hablando, llenándose la tripa, gozando de sus mujeres y queriendo a los niños que salían de ellas, los hombres, cuentan, y parece ser que es cierto, puesto que el *carbono 14* le ha puesto fecha a todo, igual que se la habría puesto uno de barbita puntiaguda, cuando estaban cansados de los niños y de

las mujeres, de las deliberaciones bajo una choza color sangre de toro, con los anchos sombreros cubiertos de candiles de asta y de plumas, los hombres bajaban a las grutas y pintaban. No todos los hombres: sólo quienes tenían la mano más suelta, la mente más ágil o más retorcida, los corazones célibes que iban de noche a buscar sentido en los charcos del Beune, no lo encontraban y sacaban en cambio piedras opacas que forman sentido, palabras y combinaciones de piedras que forman sentido, y combinaciones de poder como ésas; los que querían expiar la sangre de los renos, pero no porque les importasen un bledo los renos, sino para quedar libres de toda preocupación y, el año siguiente, sin remordimientos, matar mejor con una mano sin mácula alguna; los que, porque les tienen miedo a los muertos, les hablan mejor que nadie, con un papelito o sin papelito, con faja tricolor o sin faja tricolor; aquellos a quienes habla sin saberlo el alcalde de Les Eyzies, a quienes, entre el cierzo, abraza y saluda ante la vista de los vecinos que llevan el sombrero en la mano, el 11 de noviembre, con su papelito recordatorio, delante del monumento a los muertos. Es posible que el alcalde de Les Eyzies se acuerde de ellos durante el toque de difuntos. Y estaba de moda hace tiempo ver en aquellos cuantos hombres a chamanes, sabios como los de barbita puntiaguda y piadosos como mohicanos, que atraían la caza y la lluvia dibujando ambas cosas en la oscuridad, y bailando luego la danza de matar el hambre ante esa enorme despensa donde brincaban vacas grandes, donde escapaba un lobo solitario; y está hoy de moda ver en ellos a unos artistas, ya que están las artes de moda y ésta ha mandado a colgar los hábitos a los de las barbitas puntiagudas con sus primates gesticuladores, como si fueran cosas diferentes, como si las artes no danzaran también delante de la despensa para sacudirle las puertas y que se abran de par en par revelando maravillas. Pero, bien pensado, sí eran artistas, porque a los demás les tenían prohibido ese agujero o los hacían entrar en él con cuentagotas y expresión muy misteriosa, tocados con candiles de astas y musitando letanías, y también porque seguramente escribieron en esas paredes *Edipo rey* y la

Teogonía con una letra hecha de animales que no podemos leer. Así que en esos sitios me distraía de Yvonne, o iba a verla por la tangente, por el camino largo, como hicieron aquellos célibes antiguos: íbamos, Mado y yo, a visitar esas grutas tras sus compuertas, sus taquillas, sus empleados con gorra de visera; y cien veces, entre dos caminos encajonados entre Les Eyzies y Montignac, me repetía y le repetía este estribillo paleolítico.

Una vez, en vacaciones de Navidad, volvíamos de una de esas excursiones. Entre Les Martres y Castelnau, viniendo de Les Martres, la carretera, durante un rato, va siguiendo el valle y luego se desvía y conduce, dando un rodeo, a ese lugar del que ya he hablado, donde están los nogales, los campos alucinados que pisaba Yvonne. En el punto en que la carretera principal se aleja ya del Beune, pero todavía está cerca, hay un camino que permite el tránsito rodado y va hacia el río, con un cartel de la Oficina de Turismo que pone: *Gruta prehistórica de Chez-Quéret*. Ya habíamos visto ese cartel, pero lo habíamos despreciado, pues la gruta no figuraba en los libritos que guiaban nuestras selecciones. La tarde de aquel día acababa de empezar, el Dauphine ya había cumplido con su breve dedicación amorosa, habíamos salido por la mañana. El camino nos resultó atractivo. Nos metimos por él.

Había vuelto a empezar a llover tras los ocho días de frío milagroso que me habían entregado a Yvonne azotada. El camino vecinal se desplomaba en rodadas, íbamos dando tumbos, los limpiaparabrisas golpeteaban. Llegamos a la parte de arriba del despeñadero, el camino bajaba un trecho más; a mitad de la cuesta había una casa, las dependencias habituales en una casa de labor, un pajar que me pareció enorme entre la lluvia negra. Caía un poco más abajo que la casa de Hélène, pero en el mismo borde del despeñadero; el lugar, la escarpadura, la caliza pelada eran semejantes. El Beune, muy crecido, llegaba casi hasta el camino, que se ensanchaba delante de la casa, y lo inundaba algo más abajo; iba fangoso y atareado, se comía a lo largo de las orillas restos de

carámbanos, andrajos de los fríos grandes que se habían quedado ahí; árboles desnudos goteaban enfrente, daban lástima como el mamut pequeño de Pech-Merle, que está hirsuto y chorrea en el trigésimo noveno día del Diluvio. Era todo más bien tétrico. Allí dentro la trenca de niña buena y los vaqueros de Mado, que había salido de un brinco del coche, me resultaban reconfortantes, me divertían. Había que cruzar algo así como un jardín de rectoría; llamamos; nos dieron una voz para que entrásemos. En la amplia cocina flotaba ásperamente ese olor a polvo inmemorial y como fósil, de barro tan antiguo que se ha vuelto comestible, que sueltan al cocer las remolachas. Jean el Pescador, con un cuchillo en la mano, estaba limpiando las verduras de una sopa. Del morral, de la bolsa-medicina abierta encima de la mesa, junto a los puerros, asomaba un paquete empezado de Gitanes liados en papel de maíz.

Queríamos ver la cueva. Nos dijo que eso no era cosa suya, que Jeanjean no estaba, pero que no tardaría, nos mandó sentar. Yo sabía que su pesca, cuyo producto vendía a los restaurantes, no bastaba para darle de comer; estaba de criado con un agricultor modesto del municipio de Les Martres, Jean Lavillatte, a quien llamaban desde la infancia Jeanjean, y a quien seguían llamando así, aunque ahora ya había crecido, quizá para diferenciarlo del Pescador, con quien lo relacionaban siempre. Pero aunque aquel diminutivo me resultaba conocido, rodado como un canto grande y liso en la boca de los bebedores parroquianos de Hélène, entre charlas de pesca o de trilladoras, no conocía a la persona. Así que allí vivía Jeanjean.

Jean el Pescador me preguntó por su madre, supongo que por decir algo, y Mado conectó en el acto. Había encendido un Gitanes para dárselas de carretero y hablaba muy seria, con las piernas cruzadas y una mano en el bolsillo de la trenca desabrochada. Estaba guapa, natural en aquel papel de habladora que les viene al mismo tiempo que les crecen los pechos, aplicándose en ello como mis alumnos con las

conjugaciones. También ella movía los pies. Miraba resuelta a Jean el Pescador. Pero le patinaba la buena voluntad: Jean sonreía sin parar, bajo aquel granizo de palabras seguía limpiando verduras y no apartaba la mirada de las patatas en que hincaba el cuchillo; el perfil fino y afilado no salía de la sombra; contestaba poco y tenía cara de cachondearse de todo. También tenía una cara de apuro que no le conocía yo, a él, tan sutil, tan espabilado, tan fanfarrón. A lo mejor le daba apuro no estar lejos de aquí, inclinado, de noche, hacia el Beune; molesto de que lo pillasen en tareas domésticas; irritado sobre todo porque una joven le hablase de su madre como si la conociera mejor que él, y sin duda la conocía mejor porque eran mujeres ambas. Era hasta cierto punto como si lo estuviera mirando su madre, y su madre tenía dieciocho años. Seguramente le sonaba esa canción antigua y dulce, irresistible, y sólo podía meter las narices en las patatas y sonreír. En aquella sonrisa, se ausentaba, se iba hacia el río: quizá habría querido perderse en él, junto al agua, bien vivo allí, pero alguien de oídas en todos los demás sitios, pura ausencia, aparición gloriosa siempre añorada e incensada en boca de los bebedores, recuerdo de sedales lanzados como sólo se consigue lanzarlos en sueños y de truchas así de grandes. Pero estaba aquí; aguas arriba, por Saint-Amand, en donde pactan los dos Beune, Jean el Pescador pescaba, azotaba el agua y agarraba las escamas, pero más abajo, aguas abajo, trabajaba como los demás por Les Martres, aquí mismo.

La lluvia se abalanzaba contra el cristal de la ventana. Eran las tres en el reloj grande de pared. En Castelnau, Yvonne, que no les hablaba a los hombres de sus madres, que no les hablaba de nada porque quizá lo que se les encarama en el vientre se le encaramaba a ella en la voz, así que les hablaba de todo y de nada, Yvonne, a aquella misma hora, acababa de aparecer de medio cuerpo para arriba detrás del mostrador, con la falda invisible acariciándole los muslos. Sonreía a hombres que le compraban picadura. Unos barqueros, por el Beune, remaban hacia ella; había detrás toda una tripulación, con las

cabezas gachas bajo sombreros grandes que chorreaban, con cuchillas afiladas bajo las casacas airosas. Yo me amodorraba entre el dulce olor a tierra de las remolachas, pensaba en ella, en el oscuro apetito de los barqueros. Ya no oía gorjear a la chiquilla; el vapor levantaba un poco la tapa de la cazuela, Jean el Pescador estaba empezando con los puerros. Se abrió la puerta; entró, chorreando, un hombre, con una cazadora gruesa forrada de piel y un pasamontañas más o menos valaco. Se lo quitó todo y apareció; lo conocía, conocía esa elegancia un tanto vulgar, aquella mano delgada y acariciadora, que se sacaba el gorro por la cabeza. Era el hombre del Peugeot por quien se había ruborizado Yvonne. Mi ensoñación cobraba cuerpo, se iba concretando con ayuda de los acontecimientos que nos parecen reales; tuve ante la vista aquellos colores que se le habían subido a la cara, aquel pathos que le había atenazado las mejillas. La sangre de Yvonne me palpitó por un momento en las mías. Casi la vi allí mismo, con sus medias. La tenía detrás de mí, con el fogón apoyado en la parte baja de la espalda y el vaho en la boca, los barqueros la agarraban crudamente. Jeanjean se nos vino encima sin remilgos, agradable, robusto, nos dio la mano como si nos conociera de toda la vida, con boca ávida y dichosa; estaba extraordinariamente cómodo, activo en aquella comodidad, embriagándose con ella, con, según hablaba, aquel contento un tanto ebrio que tenía siempre. Que nadie crea que estaba satisfecho de sí mismo, que había en el hombre aquel traza alguna de engreimiento o de cualquier otra maniobra para dar de lado al prójimo al desplegar su embriaguez; más bien, por el contrario, le habría gustado compartirla; pero lo que satisfacía y le bailaba en los ojos estaba fuera de todo alcance, estaba muy lejos de él, suelto, como si siguiera pescando en el Beune aunque nos estuviera hablando aquí mismo. Por lo demás, parecía tranquilo. Era algo contagioso, los dientes blancos de Jean el Pescador resplandecían en una sonrisa despreocupada. Jeanjean se lavó las manos, arrimándose a un espejito encima de la pila se atusó con los dedos el pelo abundante y sin brillo, con la misma satisfacción tensa. Debía

de andar por los cincuenta años, pero su vigorosa embriaguez lo rejuvenecía. Cogió una linterna y, sin cazadora, salió con nosotros, abriendo la marcha; corrió bajo la lluvia y entró en el pajar. Nos lo había dicho: la cueva se abría al fondo.

V

Había en el pajar, colmando todo el espacio con sus engranajes incomprensibles, una cosechadora y trilladora verde de la marca John Deere. Rodeamos el artefacto, había que escurrirse pegado a la pared. No había construcción al fondo, el pajar estaba directamente apoyado en el barranco. La entrada de la gruta era más pequeña que un hombre de pie, de la estatura de Mado más o menos; nos metimos por ella detrás de Jeanjean. Era como lo de costumbre, ni más ni menos, cuando camina uno por esas antecámaras y no sabe si va a encontrarse con una nave con pinturas, con vacas triunfantes o con lobos amedrentados, con la pintura de una mano inconcreta o con nada: íbamos siguiendo el redondel de su linterna que, hacia detrás, enfocaba él a nuestros pasos. Subíamos y bajábamos entre piedras desplomadas, nos escurríamos por fallas, pisoteábamos dolinas donde dormían residuos, no entendíamos nada. Nos daba miedo darnos un golpe en la cabeza. Todo rezumaba agua, las arcillas empapadas y lívidas se pegaban a las suelas, las lluvias de aquel invierno de perros goteaban allá arriba, chorreaban por mil sitios; me acordé de los tremendos desagües de cincuenta siglos que se habían colado por allí cuando llegaba el deshielo de las grandes glaciaciones. La temperatura era más suave que arriba: aquel hálito cálido incrementaba como siempre el malestar de hallarse más abajo que los muertos, como si te estuviera echando el aliento un animal colgado de aquellas bóvedas, reptando tan a gusto por aquellas arenas podridas, siempre por delante de ti fuera del haz de la linterna, pero apuntándote con el hocico por encima del hombre y esperándote en una curva, una abstracción grande, ambulante, caótica y lista para encarnarse a poco que se apagase la linterna, un algo más afilado que Anubis y más grueso que un buey, el *miasma universal* de cabeza de cordero muerto y dientes de lobo, que se te echa encima en las tinieblas y te mira. Aquella galería era larguísima, y la iban jalonando chimeneas y salas mediocres; en ellas Jeanjean se paraba un

momento, paseaba la linterna por las paredes y decía unas pocas palabras, geología o anécdota, pero le corría prisa llegar más allá. No se veía rastro de ocupación humana por el momento. Intuía que Mado estaba un poco irritada, me apretaba el brazo y tropezaba; en lo alto de un repecho de arena seca en el que empezaba a cansarse, Jeanjean abrió una arqueta pequeña y hermética, iluminó un contador eléctrico y alzó el disyuntor. Una sala gigantesca se encendió con luz fuerte.

Era impresionante. No había nada. Era la cúpula de Lascaux en el momento preciso en que entraron en ella los antiguos célibes, tocados con los candiles de astas, cuando, en las antorchas, les dio un respingo el corazón; cuando apareció para ellos solos la extensión impecable de calcita blanquísima, tierna, lisa, apenas con grano, pero con un grano, pese a todo, que rozaban con la yema de los dedos, ese *mondmilch* un poco áspero, pues, y que rebosa sosegadamente candidez, ese drapeado amplio, extendido, servido como en un caballete, entre un ribete del todo recto de cuarcita más negra y un techo bulboso, agobiante, secreto. El chasqueador que, en la oscuridad, nos precede no siempre decepciona, el miasma universal tiene detalles bondadosos de ésos, entre dos cuellos de botella, entre las diaclasas donde te partes los huesos. No había pinturas. Era Lascaux en el momento en que los célibes en cuclillas se desposan con su pensamiento, conciben, quiebran las barritas de ocre y remueven el carbón vegetal en un charco, callan, dejando a su lado el sombrero de candiles de astas; y es posible que entonces cojan y den vueltas con las manos a ese sombrero, que lo miren despacio y piensen en su primera infancia, que piensen con fuerza en que habrán de morir, en que les gustan las mujeres y comer, presumir con candiles de astas en la cabeza, pero que unos dioses clementes e insaciables los miran en ese instante, respiran por sus bocas, tienen su júbilo, y dentro de un rato van a arrojarlos con ese júbilo contra estas paredes, a pie firme, inciertos en cuanto a su voluntad propia, pero seguros de su mano, esbozando vacas

grandes y rojas más heridas que mujeres, brincadoras como ellas y alegres, acorraladas. Los célibes antiguos no estaban aquí tampoco, en lugar suyo estaba Jeanjean. Estaba allí parado, muy visible con los proyectores de fondo. No decía nada, satisfecho de sí mismo, de pie en el corazón de aquella hija de los diluvios, vibrante en su blancura inagotable. Así estaba de pie mi deseo en Yvonne. El artificio de la luz le exacerbaba la crin sin brillo del pelo; el jersey grueso de lana verdosa, también dentro de la aureola, caía por los hombros huidizos y las manos colgando. Con un ademán amplio y algo teatral que le soltó la mano por las alturas, lo abarcó todo: «Como pueden ver», dijo, «no hay nada.» Lo decía completamente en serio, aunque sonreía, casi sin ironía, y los ojos ebrios vagaban por las paredes, ávida y tiernamente. Mado, que se apoyaba en la calcita, tapándose bien con la trenca y arrebujándose dentro de ella, lo miró con la boca abierta, estupefacta. Nos dio la espalda, girando en redondo, y anduvo hacia el fondo de la nave, donde se abría otra galería, algo agachado, atareado en su perpetua exaltación: «Nada de nada.» Ya estaba en la galería. A Mado se le escapaba la risa.

En las demás salas, divertículos y pozos, iluminados también aunque con menos lujo, no había tampoco rastro de hombres: sólo unos cuantos arañazos de oso en la parte más blanca de la calcita y, en unas vitrinitas bajas primorosamente dispuestas, que debían de servir seguramente de aval y justificaban el cartel de la Oficina de Turismo, bastantes huesos fósiles, metatarsos o vértebras, de los que nos dijo Jeanjean que procedían de osos, zorros y lobos, uno de esos fugitivos crepusculares que nuestros antepasados solían representar solo en los fondos y que los prehistoriadores llaman *el tercer animal* porque da la espalda a esos corros tupidos, redundantes, en que se entrelazan a pares los bisontes y los caballos, los mamuts y los bueyes. Jeanjean seguía jubiloso y bienintencionado; Mado se reía abiertamente, no porque se estuviera burlando, sino porque tanta solemnidad, tanta lucecilla encendida bajo tierra para nada, la conferencia

tan complacida de nuestro guía y nuestro tiempo perdido la tenían pasmada, como si fueran una broma que se tomaba bien: dentro de un rato, en el coche, me diría seguramente que Jeanjean tenía mucha cara. Pero también le resultaba estimulante y la seducía. Él la miraba, por lo demás, y le hablaba más que a mí, casi con complicidad. Había, pasadas las vitrinas, un arroyo que formaba una charca grande de un verde hermoso; iba a desembocar al Beune. Jeanjean contó que, al desescombrar esta parte, encontró en el charco carpas blancas por completo y ciegas, los ojos de par en par y blancos; la luz eléctrica las mató. Mado estaba soñadora, clavando los ojos en la charca. Llegamos al acostumbrado callejón sin salida, ante pasadizos impracticables; allí acababa todo. Jeanjean regresó muy deprisa, en silencio, Mado iba detrás, a trancas y barrancas. Cruzó como una flecha por la gran burbuja blanca; luego las estrecheces, las entradas, por fin la última galería, entre la John Deere y la pared. Llovía menos. El cielo gris, al elevarse, parecía más grande; un poni hirsuto rumiaba a solas en un prado, como un caballito tártaro abandonado durante los avances valacos; temblaba. El pobre animal orinó, solo como el invierno. Vi entre unos abetos, detrás de un bosque, un campanario; no estaba ni a dos kilómetros. Era la iglesia de Castelnau. Me extrañó; Jeanjean me dijo que efectivamente estábamos al lado, pero no había que fiarse de la carretera, cuyo trayecto alteraba un largo rodeo, y que había por los bosques mil travesías para llegar en menos de una hora a Chez-Quéret. Aquellos caprichos de la geografía es posible que le hicieran gracia. Miraba Castelnau. Estaba encantado de la vida.

VI

Tengo que confesar algo que me cuesta admitir: yo traía mártir a Bernard. Era un niño encantador, sin malicia, rebosante de buen juicio. Su madre, que lo tuvo en un matrimonio que salió mal y había dejado plantado a su acólito, o viceversa, su madre lo adoraba, creo. Tenía amor de sobra para aquella carne supernumeraria, pero, como ya he dicho, no le valía de gran cosa. Vuelvo a verla, esperándolo a veces delante de la puerta de la escuela, encaramada en aquellos zancos suyos, atenta, feliz entre las comadres sin lustre, más alta que todas ellas, hablándoles vivaracha, prendada de todo, poniéndole al niño un gorrito o cogiéndolo del hombro mientras charlaba, alejándose luego llevándolo de la mano, pero lo que vuelvo a ver, mejor, claro está, son las manos suavísimas en el gorro de lana, la boca perfilada de labios cortados que la hacían cecear cuando le decía mimos; y, yéndose, desmesuradas, las piernas enfundadas en las medias y la parte baja de la espalda, que se movía, y en paralelo, supernumerarias, iban a trote corto las piernecitas formales que no veo bien en el recuerdo. El niño alargaba los brazos, agarraba a manos llenas esas mejillas, esos discos de oro enormes, cuando ella se inclinaba para darle un beso; el pelo de ala de cuervo le acariciaba el rostro, el peinecillo, despacio, se escurría por aquella abundancia y la liberaba; y cuando caminaba el niño paralelo a ella, columpiando la carterita a un lado, le iba metiendo la mano entre las pantorrillas, arrugando y tensando la falda, rozando la media. Yo, en el fondo, también adoraba a Bernard. No hablaba mucho, era curiosamente reservado para su edad: no es que fuera plácido, y menos aún mortecino, sino intensamente caviloso, como detenido en pleno salto y fijándose en los adultos con una atención seria que no era cortesía. Te miraba hondamente con los ojos muy abiertos, poniendo mucho interés en entender seguramente, pero la enorme seriedad y la hondura de aquel celoso empeño te daban la impresión de que había entendido antes que tú, te preveía e incluso te perdonaba. Es posible que

no fuera sólo una impresión. Es posible que lo hubiera entendido todo en fin de cuentas, porque no hay gran cosa que entender: aquella Navidad a diario, el contacto universal con aquella riqueza múltiple, el porte de reina, los tacones de grulla peripatética, aquel bocado soberbio siempre inclinado hacia él, desde siempre caído del cielo, esas manos que no eran sino conocimiento del placer con la yema de los dedos quitándole los pañales, más adelante preparándole la cartera, untándole las rebanadas de pan, le habían infundido un saber sin palabras, doloroso y apasionadamente arrobado, y no necesitaba gran cosa jugar, derrochar energías como suele decirse, podía quedarse en su silloncito mirando con cierto susto fluir aquella miel y aquella leche, recordar aquel derroche vertido sobre él. Y sabía que había algún punto en que el manantial de miel y de leche no era para él. Sabía desde luego que era posible levantar esas faldas, aunque para él se detuvieran en alguna parte, hasta límites firmes e imprecisos más arriba de las medias, en ese lugar donde el gran don se convierte en suplicio de no poder dar y de no poder darse; sabía por encima de ese don, de esa negativa, del guardarropa tan conocido como el aparador donde estaban el chocolate y los tazones para echarlo, sin más secretos para ella que para Jean el Pescador el contenido de su bolsa-medicina; sabía de los preparativos, de las idas y venidas febriles en ropa interior delante de espejos con tacones retumbantes; y, sentado en su silloncito, miraba con aquella atención seria suya. Conocía los tiros largos por todo el tajo negro que durante diez días había ocultado una pañoleta; y preveía seguramente con la mirada vieja de sus ojos nuevos la quemazón, la hinchazón, mayor de repente, que iba a lanzarla hacia la noche, con la gabardina echada por los hombros, la noche en cuyo seno Jeanjean la esperaba con la espalda apoyada en su nada, en su *Nobody* de calcita detrás de la cosechadora, con la espalda apoyada la esperaba firme y surgido de repente de unas travesías bajo el cuchillo de la luna llevaba en la mano el antifaz blanco, el pelo de la noche, le abría tranquilamente la gabardina y tranquilamente era duro con ella, la agarraba, lo remangaba

todo dejando la leche al aire, los tacones se torcían y la mano suavísima se desollaba en la pared, él la ajetreaba en los pajares. Y Bernard, aguzando el oído allá en su silloncito, oía gruñir a unos perros, no oía los chillidos de osífraga. Pero veía las huellas, los labios llagados y los ojos machacados, los zapatos con tierra, y a veces la huella grande, la raya de miel negra, la grosella negra hinchada en la horchata, cuando regresaba en plena noche con las mejillas inundadas y que entonces, entornando la puerta de su cuarto, hacía como que se despertaba o, despertándose de verdad, le preguntaba, entre las sedas que se había quitado, caídas a sus pies, qué era esa miel negra, y ella le decía que no era nada, nada de nada, inclinaba hacia él el rostro y lo besaba a más y mejor, llorosa o risueña. Y él se dormía acurrucado contra ella, estrechando, igual que el hombre aquel hermoso cuerpo de víctima, de otra manera que Jeanjean, pero no menos amorosa, porque el amor es vario. Se quedaba dormido y bajo el cuchillo de la luna cantaban unos gallos antes de que cayera en el agujero negro, y un zorrito escapaba, pero no lo oía porque los zorros no ladran sino en los sueños. Bernard tenía, pues, todo eso, yo no le veía en los ojos sino eso y no cabe duda de que mi mirada no me engañaba. Y a todo eso le ponía yo malas notas cuando me entraba la ventolera, inmutaba todo eso por la tangente. A la índole irritada y de contención dolorosa de mi forma de ser la colmaba. Y, desde luego, lo que yo esperaba ante todo de esas injusticias era que Yvonne me pidiera explicaciones, que viniera a verme. No era de esas madres que se atormentan con protocolos carentes de esencia y creen que el porvenir de cada cual es diferente según dispongan las notas de los dictados; el amor que le tenía a Bernard era mucho más antiguo, seguramente ni siquiera veía mis pedanterías en tinta roja, también ella era de la era del reno: no vino.

Tengo un recuerdo muy concreto. Aquel año el regalo de Navidad de Bernard fue una bicicleta. En los días de vacaciones, lo había visto pasar una y otra vez por el repecho que había delante de la hostería Chez Hélène y aquella carne

supernumeraria se afanaba mucho en pedalear, se esforzaba mucho en aquella máquina pequeña, con las manos firmes y los codos algo levantados, graciosos, y la cabeza inclinada con mucha seriedad. Yo sospechaba que pasaba por allí sólo para que lo viera yo, para enseñarme que Papá Noel le había traído una bicicleta, así que se la habría merecido un poco y no era tan malo aunque entre el maestro y él hubiese un malentendido; pero aquella bicicleta iba a acabar con él. Se esforzaba por mostrarse digno de aquel regalo estupendo según subía el repecho con toda la fuerza de sus piernecitas; y si delante de la hostería se encontraba por fin conmigo, sin resuello con aquella cuesta, me saludaba con expresión de modestia, pero orgullosa, mágica, como para que le alcanzase a aquel maestro reacio la gran generosidad de Papá Noel y que disfrutase de ella en cierto modo. Pero Papá Noel no ansiaba a su madre. Yo me hacía el sordo y apenas si le contestaba.

Aquella bicicleta me exasperaba, como si toda mi maldad y todo mi pecado se hubieran encarnado en aquellos tres pedazos de duraluminio. Me inspiraba compasión y se me hacía insoportable; y me asqueaba imaginarme a Yvonne escogiendo aquel objeto en un bazar de Périgueux, saliendo con aquel paquete inconveniente a cuestas, igual que una reina con una pala al hombro. La mañana en que empezaban las clases, el niño hizo un intento desesperado. Yo tenía que andar un buen trecho para subir hasta la escuela; Bernard, que debía de haber estado acechando mi aparición en la plaza, me adelantó con la bicicleta, se detuvo, me esperó y, empujando el dispositivo con las piernecillas en el suelo, a ambos lados, empezó a caminar a mi altura, sin decir nada, mirándome de reojo de forma muy reflexiva, pero, esta vez, también con mucha expectativa y algo de temor. Yo miraba al cielo. Estaba que ardía, necesitaba hacerle algo infame; me digné verlo y, sin mencionarle en absoluto la bicicleta, le dije que las notas que tenía no eran como para andar correteando por ahí y que, por lo demás, en aquellos momentos estaba importunando al maestro con su falta de educación. Me alejé a grandes

zancadas; al llegar a la portalada me volví y lo vi allí parado, en el mismo sitio, con las manos en el manillar y llorando sin bajar la cabeza con esa mueca tan marcada que hacen los niños en esas ocasiones, brindada, como poniendo al mundo por testigo de la injusticia del mundo, clamando hasta lo hondo del cielo a los cielos y a la madre de los cielos. La bicicleta, en sus manos, relucía con todos sus cromados, inútil como Papá Noel. De buena gana habría llorado yo también.

Así, en el aula, en mi mesa, con la mirada puesta, al fondo, en la vitrina, por encima de todas aquellas cabezas agachadas, aplicadas, entre las que estaba la cabeza de Bernard donde la presencia inicua de un maestro imprevisible la iba cubriendo, velo tras velo, la imagen de Yvonne en bragas, preparándose, haciendo piruetas subida en los tacones, pintándose los labios y yendo a la carrera a que le pusieran miel negra, en aquella aula donde chorreaba la lluvia incansable por las ventanas inmensas, ejercía yo un poder que no era del todo el de los célibes antiguos, puesto que no surgían de él, visibles, vacas grandes agitándose en las tinieblas ni lobos solitarios, pero que le andaba cerca porque yo concebía sin tregua una forma grande y viva, hecha para someterla a lo que fuera, blanca y con una estampilla roja como los Marlboro, e hincaba en ella unos dientes de lobo. También los hincaba en el ternero que mamaba debajo. Y no cabía duda de que los de las barbitas puntiagudas, en su vitrina, me censuraban porque eso era cosa de ellos, porque lo habían pasado mal de pequeños aprendiendo *la redondilla, la bastarda, la romanilla*, para cubrir esto, para disfrazarlo tras las anchas rúbricas y las iniciales drapeadas, pero me absolvían porque bajo las barbitas puntiagudas tuvieron dientes de lobo que hincar en cuellos más llenos que los de hoy, desplegándose dentro de unos carrics, muslos más opulentos bajo los miriñaques. Y los otros, los que tallaron e hincaron sus *lenguados*, también me condenaban y me reverenciaban de la misma forma que condenaron en secreto y reverenciaron abiertamente a quienes desdeñaban hacer *lenguados* y en los agujeros, en vez de eso,

hacían la suma calipigia y, mediante ese sueño brutal, reinaban. Pero yo no podía reinar del todo sobre Bernard, quizá porque éramos iguales: él padecía, sin duda, pero tenía detrás del padecimiento, aquel error de cálculo con el que echaba la cuenta de los objetos superfluos, una bicicleta, un maestro tiránico, la cosechadora de Jeanjean y el propio Jeanjean a quien su mamá, curiosamente, iba a ver de tiros largos, Papá Noel y su padre de verdad también, que trajinaba en el más allá, es decir, en su supermercado de Périgueux y a veces se lo llevaba, en vacaciones, bajo esas cargas de incompletud tenía a mano una plenitud invencible, dolorosa, cierto es, puesto que para él se detenía por encima de las medias aunque allí quedase colmada para único provecho de algo invisible, voluntarioso y sólido como el Dios del catecismo, pero de una plenitud, pese a todo, cuyas pantorrillas, cuyas mejillas carnosas y cuyos discos de oro enormes besaba. Y lo mismo que yo, alzando la cara entre dos restas, entre dos párrafos, miraba aquella plétora por los cristales de la ventana, detrás de la lluvia que sólo cubre el mundo para que podamos ver en su lugar nuestros sueños, la saciedad de nuestros sueños detrás de esa cortina gris donde todo está permitido.

Las aguas subían.

Hubo una noche una de esas nieblas espesas, quietas y como calientes, semejante a la que se alzó la noche de mi llegada. Yo andaba con mis malos embutidos cuando entró Jean el Pescador con dos acólitos: los impermeables de hule estaban mates como si alguien hubiera soplado encima. Las bolsas-medicina, sobre los vientres, iban llenas a rebosar. Radiante desde la puerta, Jean se reía por lo bajo, racionaba la presunción y fingía cierta tardanza tras la que le danzaba la prisa: los bebedores no decían ya ni palabra, también ellos se reían, echaban chispas de impaciencia mientras dejaban despacio el vaso, jugaban a ese juego en donde los tenía pillados Jean. Se bajó calmosamente en la barra los tirantes de la bolsa-medicina y con toda la mano y el ademán firme pero

un tanto provocador de quienes están transgrediendo alguna ley y violarla los exacerba, sacó dos o tres carpas, que alzó bien alto, como un arawak, como un mohicano que enarbolase, agarrado por las agallas, el gran Esturión, que sólo se ve en los sueños. No era la más común, ni la carpa de espejo de escamas grandes y desperdigadas, sino la carpa de cuero, que no tiene escamas, lisa como el agua, tornasolada y tan desnuda. Brillaba y cambiaba en la luz floja, sobre el fondo de rojo antiguo. Los pescados, uno tras otro, se desplomaron con un ruido mate en la barra. También los acólitos llevaban pesca, que enseñaron con más modestia, con la única preocupación de mostrar que eran dignos de la competencia del campeón, como deben ser los vasallos. Jean tenía aún en los ojos una chispa maliciosa, le resplandecían los dientes, aún había algo más; pidió como quien no quiere la cosa que adivinásemos dónde había pescado todo aquello. Hubo quienes mencionaron en el acto la presa del Beune chico, por la zona de Saint-Amand, donde las carpas de cuero y las demás, lejos de las aguas corrientes, se quedan dormidas e, invisibles, espejean en la parte más sombría, en la más lenta y se atiborran de cieno y así hacen esa carne suavísima e imponderable, que apenas si le pasa a uno por la lengua. Pero no. No había sido allí, ni tampoco aguas abajo en los remansos del Dordoña. Jean miró un momento las carpas y luego, volviendo con violencia la cabeza hacia nosotros, dijo: «Las he cogido aquí abajo. Van Beune abajo.» Unos cocodrilos escurriéndose entre los juncos por la zona de Chez-Quéret no habrían causado mayor asombro. Eran como prodigios antiguos. Llueven gobios, los esturiones desovan en el Vézère; a reinas que son carpas de ombligo para abajo las sorprende en el baño un hombre arrebatado, colean frenéticamente, salpican hasta el techo el agua de su balde. Salen volando y chillando bajo el cuchillo de la luna. Hélène las cogió, pensativa, y fue a la pila a vaciarlas. Abrió el grifo. Estaba abstraída, y Jean también, miraban todo ese color de rosa que hay en los pescados cuando los abren. Abajo, unas carpas aterradas iban corriente abajo, poco aptas para estar allí, de acá para allá ahí dentro, rasgándose el cuerpo

blanco en las piedras; Jean el Pescador, para rematarlas, las sacaba de golpe a la niebla, se hinchaban como odres, estallaban con la boca muy abierta y ávida. Unos barqueros en tierra, acurrucados entre los juncos, veían cómo brincaban mucho rato en la hierba y morían. Dejaban al aire los dientes blancos. Hélène echó un poco de lo que había en una botella en la pila y, más fuerte que el olor a tonel, más que las colillas, pasó el olor del corte de lejía. Jeanjean, en otro sitio, afilaba la nada, otras carpas se le estremecían en las manos, las sacaba del agua, en aquella espuma inconcreta las reanimaba, por las agallas las tenía colgadas medio asfixiadas, volvía a meterlas en el agua; Yvonne, en aquel baño, cantaba con la boca abierta un canto duro, iba a morir indefinidamente, lo decía. Jean el Pescador se tomaba un ron, movía la cabeza, la noche era más fuerte. Los impermeables de hule salían y, acto seguido, fuera, la niebla les soplaba encima. Las manos de Hélène, en el delantal, olían a pescado; miraba a su hijo, que sabía atrapar el pescado: cuando has visto al gran Esturión sabes dónde están los demás, te lo ha dicho en sueños. Bernard, allá, tenía los ojos abiertos en la niebla menos densa de su cuarto a oscuras del todo. Y por fin dormíamos todos, el Beune seguía adelante.

Título de la edición original:
La Grande Beune

Edición en formato digital: enero de 2012

© de la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2012

© Éditions Verdier, 1996

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3335-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. Tres de los presidentes de la Tercera República, proclamada el 4 de septiembre de 1870, se llamaban Jules: Jules Favre, Jules Simon y Jules Férry. *(N. de la T.)*

1. Personaje de *Le roman de Renart* (siglo XII), Ysengrin es un lobo, eterno enemigo de Renart, el zorro. *(N. de la T.)*